

January 1971

Formacion y trascendencia de la literatura hispanoamericana

José Manuel Rivas Sacconi

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rivas Sacconi, J. M. (1971). Formacion y trascendencia de la literatura hispanoamericana. *Revista de la Universidad de La Salle*, (1), 17-22.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

FORMACION Y TRASCENDENCIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Por José Manuel Rivas Sacconi

Agradezco el honor que se me discierne al darme oportunidad, no exenta de sorpresa, de llevar la palabra en esta sesión solemne de la Academia Hispanoamericana de Letras, que se celebra para recibir a un nuevo socio de número, y en este recinto de la Universidad Social Católica de La Salle, la cual afirma más cada día sus títulos de dinámico centro de educación superior y demuestra visiblemente su voluntad de impulsar múltiples empresas culturales. A su amparo se reúne esta noche la Academia Hispanoamericana, no por caso fortuito, tal vez, sino como prueba tangible de los intereses y los ideales comunes que asocian a las instituciones universitarias con las académicas, pues estas son, en cierto modo, culminación y sublimación de la formación profesional.

Para la Academia Hispanoamericana de Letras es motivo de satisfacción y beneplácito acoger en su seno a un nuevo miembro numerario que habrá de aportar el concurso de su inteligencia, de su ilustración, de su laboriosidad al incremento y progreso del instituto; y ello es aún más cierto si el recipiendario lleva el nombre de Alfonso Núñez Peláez, quien tiene ya ganado un merecido prestigio en el campo de las disciplinas intelectuales y de la productividad literaria. En plena juventud, Núñez Peláez se ha revelado como escritor original al par que erudito, pues maneja la pluma con igual soltura tanto en las páginas de la creatividad imaginativa, como en las del pensamiento y de la crítica histórica y literaria. Aun en estas llama poderosamente la atención el enfoque novedoso y sorprende el acento personal que logra imprimir a las materias que hace objeto de su estudio, con decidida curiosidad intelectual y con aguda penetración, sin dejarse arredrar por la consideración del cúmulo de investigaciones y juicios anteriores. El sabe que al asunto hay que ir directamente, sin ignorar, desde luego, los resultados de los estudios ya realizados, y que siempre es posible suscitar una chispa nueva en los temas antiguos. Tal me parece el sentido moderno del trabajo que acabamos de escucharle, en el cual intenta con variedad de recursos con elementos de diversa procedencia una peculiar evocación de Teresa de Jesús, partiendo de la novísima proclamación de su doctorado universal, para remontarse a las inquietantes cuestiones

que plantea su mística enseñanza, en el mundo de hoy, como en el de su época, y para revelarnos, una vez más, aquella dimensión que le fue tan propia de expresar con sencillez y naturalidad las más altas y difíciles verdades, sin temor a las interpretaciones que de ellas pudieran deducirse, es decir el valor de afrontar la responsabilidad y de asumir el compromiso para con Dios y con los hombres.

¡Qué oportuno resulta rescatar en su prístino, trascendente, legítimo y cabal significado el concepto de compromiso, ahora cuando, a mañana y tarde, oportuna e inoportunamente, se hace uso y abuso de esta palabreja! Muy tempestiva resuena la revaluación del verdadero compromiso en boca de un escritor de la joven generación y en el ámbito de una corporación hispanoamericana de letras.

Grave y grande, en efecto, es el compromiso de los escritores y, no menos, de los cuerpos literarios en nuestro tiempo y en nuestro continente. Su compromiso, como el de la doctora abulense, no puede ser sino con Dios, con la verdad, con la propia conciencia y con la sociedad, entendida como comunidad de ideales superiores. Nuestro compromiso, por el hecho de nacer en esa sociedad, se establece automáticamente con la suma de valores que conforman el ser histórico y la realidad presente de nuestro pueblo y de nuestra nacionalidad, la cual trasciende los límites del momento actual y las fronteras materiales. Somos hombres de nuestra época, pero tenemos compromiso también con el pasado y con el porvenir. Tenemos una patria de cuyas entrañas somos pedazo, pero también pertenecemos a la amplia comunidad de pueblos hispánicos. Dondequiera se hable el idioma de Cervantes y de Teresa de Avila, allí debe estar vigente el sentimiento de una patria común, de una comunidad de destino.

Nuestra patria se llama Hispanoamérica y abarca desde los Pirineos hasta la Tierra del Fuego, desde el Poema del Cid hasta los **Cantos de vida y esperanza** de Darío. Son los escritores, los artífices de la palabra, del verso y de la prosa, quienes han creado no solo la conciencia del quehacer literario, sino la conciencia de unidad cultural, de unidad social, de nuestra existencia como pueblo, de un pueblo llamado a un gran destino.

Debe reflexionarse sobre las trascendencia de la tarea cumplida por los poetas, los historiadores, los ensayistas, los novelistas, los humanistas, los gramáticos, los críticos en la formación de esa conciencia. Ya los cronistas de Indias presentan la existencia de un mundo nuevo, indisolublemente ligado al antiguo y proyectado hacia el futuro. Y luego la inmensa selva de la producción literaria hispanoamericana, en los siglos de oro, en el siglo de las luces, y en el siglo de Bello, y en nuestro siglo, ofrece la trama tupida de una comunidad espiritual de perfil unitario. Si hoy se habla de integración hispanoamericana, ello es posible gracias a la unidad de lengua y de cultura mantenida por las mentes despiertas y previsoras de los hombres de pensamiento y de letras.

La base de la integración de nuestros pueblos es sustancialmente la comunidad de lengua, la cual sirve de fundamento para la unión en el campo de las ideas, de la economía, de la política. Las entidades nacionales se han constituido alrededor de la unidad idiomática. Pero no debe olvidarse que las lenguas nacionales se han establecido al conjuero de las grandes creaciones literarias. La literatura ha hecho y debe seguir determinando la unidad lingüística.

A este propósito cabe recordar la opinión de un maestro, don Angel Rosenblat, que ha dedicado largos desvelos a estudiar las tendencias actuales de **La lengua y la cultura Hispanoamericana**. En el trabajo que lleva este título afirma el ilustre filólogo: "Vemos, pues, que, lejos de tender el español de América a la independencia lingüística, se orienta cada vez más a la unidad". Explica el fenómeno como consecuencia del gran desarrollo literario y del intercambio cultural creciente en nuestros países, a ambos lados del océano: "La garantía de unidad lingüística en el inmenso territorio hispánico no la podría proporcionar la obediencia ciega, la tiranía, sino la marcha paralela de la cultura y de la lengua, la evolución concordante de todas las regiones hispánicas. Se españoliza el español de América, pero también el de España se 'americaniza' ". Innumerables factores tienden hoy a "favorecer un desarrollo coherente y paralelo, a mantener la unidad viva de una lengua en cuyos dominios no se pone nunca el sol". Entre estos factores, los más decisivos se fundan en el arraigo de las tradiciones españolas, en la vigencia del alma histórica del continente hispanoamericano, en el espíritu de independencia de nuestros pueblos, en el ideal cultural de las clases superiores, en "la obra general de la cultura, que debía expresarse lógicamente en el cultivo de la lengua", en el influjo expansivo de la lengua literaria. "Si el hispanoamericano aspira a que su voz llene todo el ámbito hispano ¿a qué norma se atenderá?" se pregunta el citado filólogo, y responde con las palabras de un poeta argentino: la capital de la lengua española estará allí donde florezcan sus mejores poetas. Y agrega: No solo la capital de la lengua. La capital cultural, la capital de mundo hispánico, 'el meridiano intelectual de Hispanoamérica' (para decirlo en términos que encontraron eco rebelde en todos nuestros países) estará allí donde los escritores y pensadores de lengua española sepan levantar los mejores monumentos de emoción y de pensamiento, donde sus políticos y estadistas sepan darle a las sociedades que dirijan senderos más ejemplares, donde más altos flameen los principios universales del hombre".

Los peligros, que parecían comprometer la unidad lingüística del español en el siglo XIX, han sido superados en gran parte, por haber cesado muchas causas disociadoras. Se comprueba hoy una tendencia a la unidad y a la creciente hispanización, registrada ya durante los últimos cincuenta años. La amenaza puede resurgir con la pérdida de impulso de nuestra cultura. Si se extravía el hilo de la tradición, si no se cuida el patrimonio cultural, artístico, literario y folclórico, si se borran las características peculiares de nuestros pue-

blos, si ellos no obran con conciencia unitaria en lo espiritual, en lo social, en lo económico, si no mantienen la fe en sus valores y en su misión histórica, también la vitalidad y la unidad de la lengua estarán nuevamente en vísperas de desfallecimiento y disgregación.

“Donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado —amonesta Menéndez Pelayo—, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo, menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil”.

Pláceme recoger aquí el pensamiento de un escritor nuestro verdaderamente comprometido con su tiempo y con su patria, don José Joaquín Casas, quien nunca escribió por pasatiempo, sino con el propósito de instruir, guiar, exaltar, y siempre se mantuvo en contacto con la realidad y con su pueblo, a tal punto que en su obra se verificó la que el mismo definió “la ley del flujo y refujo entre el poeta y su pueblo, de la influencia recíproca entre la literatura y la nación de donde brota”. Acerca de la función, que consideró decisiva, de la literatura, se expresaba así: “Es la literatura la que con los prestigios de la belleza hace resplandecer a nuestros ojos los ideales que hemos de perseguir y nos infunde entusiasmo para correr tras ellos. Su más pura y desinteresada forma, la poesía, tiene por “esencia misma”, como lo dijo el gran crítico Mateo Arnold, “exaltarnos, ennoblecernos y colocarnos en estado de espíritu superior al en que de ordinario vivimos”. Es la literatura la que, soplando sobre las osamentas polvorosas de archivos y museos rescucita con la vara mágica de la historia artística las edades que fueron, y nos tiene en trato con la gloriosa familia de los héroes y próceres antecesores nuestros; ella la que canta las proezas de nuestros bravos y los descubrimientos de nuestros sabios; ella la que animando la tradición establece solidaridad entre las antiguas y las nuevas generaciones y excita la conciencia de la personalidad social; ella describe las hermosuras de nuestros valles y montañas, nos embelesa con la pintura de las costumbres patriarcales, nos encariña con esta heredad nuestra del alma, nos devuelve en suspiradora imagen a la sabrosura y dulce abrigo de la “estancia” rústica, hogar de nuestros mayores, recoge los latidos de nuestro corazón y da voz a nuestras ternuras y a nuestras indignaciones; nos consuela y nos estimula al trabajo duro y monótono cantando en medio de la fatiga con el pajarillo del apólogo; ella es, en suma, la que, a modo de brisa benéfica, agita y mantiene en “hervir vividor”, en bullente oleaje, aquel espíritu de familia que es la savia de las nacionalidades y el principio conservador de su integridad e independencia. ¡Qué grande, qué noble oficio el de la literatura! Con cuán profunda sabiduría denominaron los antiguos a estos estudios *humaniores litterae*, que tienen la virtud de hacer a los hombres más hombres, de acercarlos más al tipo ideal del hombre! ¡Y aún hay quien desdeñe los estudios literarios por inútiles, por

poco prácticos? ¿Hay nada más noblemente “práctico que educar al hombre, consolarlo, enaltecerlo? ¿Todavía se acusará a la literatura de excesiva preponderancia entre nosotros y se aducirá como una de las primeras causas de nuestras deficiencias el haber demasiados poetas en Colombia y la ociosidad de los poetas...? Y ¿de cuál de los grandes poetas con quienes se honra la patria colombiana puede decirse que haya sido un ocioso? Vayan respondiendo los anales patrios que nos dirán cómo de nuestros mayores hombres de acción en todo terreno, muchos, acaso los más, han sido insignes cultivadores de las letras, si vamos contando desde aquellos conquistadores **letrados** y cronistas poetas de los antiguos días hasta los filólogos industriales y los poetas ingenieros, políticos, legisladores, pedagogos y campesinos del tiempo de la República. Nuestra historia está amasada con poesía: ella es la levadura de nuestra raza y pueblo”. Y continuaba: “si somos pueblo culto, noble, apto para las cosas de la inteligencia, valeroso, gentil y de ánimo levantado, lo debemos en mucho a la levadura aquella de la poesía. Obra suya es, en gran parte, nuestro ser uno, nuestra permanencia como nación. Vínculo mucho más persistente de nacionalidad, mucho más vigoroso aglutinante que cualesquiera leyes u ordenanzas creó para nosotros el considerarnos los colombianos todos, de Mocoa a Titumate, desde el Carchi hasta la última punta de la Guajira, compatriotas de Caldas y Pombo, de Arboleda y de Caro y de Ortiz, de Fallon, de Jorge Isaacs y de Gutiérrez González, de Vergara, de Marroquín y Eugenio Díaz. No existe en nuestro organismo nacional elemento asociante y cohesivo como la **María**, el canto **A la bandera colombiana**, **El bambuco**, **Las tres tazas**, **La perrilla**, y el **Cultivo de maíz**: ahí está nuestra nacionalidad espiritual y afectiva, nacionalidad potente y batalladora, segura contra anexiones y separatismos. “El más firme cimiento de la nacionalidad —escribe Valera— y el más seguro indicio de la duración vital de la grandeza de una raza, es que no sea muda y que haya dado dignamente al mundo su pensamiento y su palabra”.

Este de la unidad de la lengua, de la nación y de la estirpe es nuestro supremo imperativo y nuestro compromiso permanente. El escritor ha de tener presente, en todo momento, que la uniformidad y vitalidad debidas a la literatura son factor esencial para impedir la disgregación de la lengua y de la nacionalidad. Sin olvidar que, al lado de la literatura, deben operar en sentido uniforme y convergente de los demás medios de expresión oral o gráfica.

Para ello es necesario que el escritor y el artista sean plenamente conscientes de su labor, la cual no ha de ser rutinaria o despreocupada, sino dirigida a un objetivo de trascendencia social. Las ideas comunes, los sentimientos comunes, los valores comunes, la unidad de cultura deben reflejarse en la producción literaria.

El escritor hispanoamericano debe tener conciencia de la unidad de lengua y de cultura para cumplir con su compromiso y realizar cabalmente su misión, que no es transitoria, para satisfacer necesi-

dades del momento, sino que debe proyectarse en una perspectiva histórica y universal. En esta forma, Hispanoamérica responderá al mandato de su tradición y ocupará el puesto que le está señalado en el conjunto de las naciones.

Bienvenido, señor doctor Núñez Peláez, a la república de las letras y, en particular, a esta Academia Hispanoamericana que, haciendo honor a su nombre, no habrá de faltar al compromiso adquirido con la causa de la cultura de nuestra América, de nuestra comunidad hispánica de naciones, para su prosperidad, florecimiento y esplendor, bajo el signo de la unidad lingüística y espiritual.

Bogotá, 2 de julio de 1971.